

**VALOR SOCIAL DEL CONOCIMIENTO
HISTÓRICO: DISCURSOS LEÍDOS ANTE
LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN
LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO.
SR. D. RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA EL
DÍA 24 DE DICIEMBRE DE 1922**

Published @ 2017 Trieste Publishing Pty Ltd

ISBN 9780649778720

Valor Social del Conocimiento Histórico: Discursos Leídos Ante la Real Academia de la Historia en la Recepción Pública del Excmo. Sr. D. Rafael Altamira y Crevea el día 24 de Diciembre de 1922 by Rafael Altamira y Crevea

Except for use in any review, the reproduction or utilisation of this work in whole or in part in any form by any electronic, mechanical or other means, now known or hereafter invented, including xerography, photocopying and recording, or in any information storage or retrieval system, is forbidden without the permission of the publisher, Trieste Publishing Pty Ltd, PO Box 1576 Collingwood, Victoria 3066 Australia.

All rights reserved.

Edited by Trieste Publishing Pty Ltd.
Cover @ 2017

This book is sold subject to the condition that it shall not, by way of trade or otherwise, be lent, re-sold, hired out, or otherwise circulated without the publisher's prior consent in any form or binding or cover other than that in which it is published and without a similar condition including this condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.triestepublishing.com

RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA

**VALOR SOCIAL DEL CONOCIMIENTO
HISTÓRICO: DISCURSOS LEÍDOS ANTE
LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN
LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL EXCMO.
SR. D. RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA EL
DÍA 24 DE DICIEMBRE DE 1922**

VALOR SOCIAL DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA

EL DÍA 24 DE DICIEMBRE DE 1922



MADRID

EDITORIAL REUS (S. A.)

IMPRESOR DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA
Y DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

CAÑIZARES, 3 DUP.º

1922

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Quiero comenzar respondiendo a vuestra generosidad con la supresión de todos los rodeos de modestia a que suelen dedicarse estas primeras líneas de los discursos de recepción y de los que la malicia suele dudar a menudo; y me limito a repetiros públicamente mi agradecimiento por haberme incorporado con vuestros votos unánimes a esta docta casa, donde se cultivan con tanto amor y acierto estudios a que vengo aplicando una gran parte de mi actividad casi desde la adolescencia. Ese agradecimiento puede ser en mí, tal vez (dicho sea sin arrogancia), más intenso que en la mayoría de los casos semejantes, porque tengo especiales motivos de satisfacción al verme recibido como compañero vuestro; pues si es natural que lo sientan todos los que a vosotros están unidos por el lazo de la común vocación y saben lo que para ella vale una cooperación de trabajo y una comunidad de vida científica con hombres de tan singulares condiciones como los que constituyen la Academia, es también naturalísimo que se avive y acentúe en quien encuentra aquí, no sólo maestros de quienes aprendió mucho, y camaradas de su misma generación en cuya compañía ha trabajado no pocas veces, sino también antiguos discípulos de Universidad y de otros grados docentes; y sabido es que para quien siente, como yo, muy hondo el amor a la enseñanza, no hay lazo de espiritualidad que supere al que se anuda en esas horas de labor escolar, para mí siempre felices. Podrá, a veces, olvidarlo el discípulo (todos tene-

mos experiencias semejantes en nuestra vida), pero nunca el maestro; y así en mí, a la complacencia de ver en aquéllos premiadas sus grandes cualidades con el lugar que en esta Corporación ocupan, se une la alegría de volver a encontrarlos donde sus merecimientos los han traído.

Esa alegría va mezclada en este caso con un sincero dolor al ver que entre ellos no está aquél cuya ausencia deploramos en primer término todos, por ser la más reciente, la que de un modo más trágico se ha producido y la que hasta tiene el dejo amargo de no haber consentido siquiera que fuese, ni un sólo día, compañero efectivo de todos vosotros. Me refiero a Beruete, Académico electo de esta Corporación, arrebatado a ella, al Arte y a la cultura patria antes de que pudiese leer ante vosotros el Discurso de recepción.

Yo no sé si es reglamentario hablar en este momento de un Académico a quien, de conformidad con el Estatuto, no se sucede, aunque en el orden natural de las cosas humanas realmente se le sustituye. Pero si hay falta en ello, sobre mí la carga gustosa a trueque de cumplir un deber sentimental de mi propia conciencia. Porque si para todos vosotros el nombre de Aureliano Beruete y Moret evoca méritos referidos al Arte y a la Historia de éste, y afectos de amistad y camaradería, en mí despierta recuerdos de años infantiles suyos y juveniles míos, en que Beruete comenzaba su formación espiritual y yo la mía docente; y lo veo, con la melancólica delectación que a mi edad van tomando ya los recuerdos, o escribiendo notas de explicaciones, centelleante la mirada por el interés del asunto, o caminando por los senderos de la sierra y los rectilíneos caminos de la llanura castellana, en aquellas excursiones que tanta parte tuvieron para que se alumbrase en el espíritu de Beruete la vocación por las disciplinas de orden estético. Con esa dormida confianza de la que no puede nunca apartarnos la frecuente y contraria experiencia, reposábamos todos en la condición de juventud de Aureliano para esperar de él una larga vida, llena de frutos intelectuales, prestigiosos para quien los producía y para la Patria. El desengaño que nos ha hecho sufrir la Muerte es de los que no quedan en nuestro interior sin protesta, aunque pesen en nuestra alma todas las considera-

ciones conducentes a la resignación serena de las cosas que escapan a nuestra previsión y a nuestra acción.

Relaciones de otra índole me unían con el Excmo. Sr. D. Luis Calpena, a quien reglamentariamente sucedo aquí. Calpena era paisano mío, y sus triunfos de orador y escritor encontraban siempre en mi alma el mismo eco que en ella tiene todo lo alicantino o que con Alicante se relaciona. En ella ocupaba también un puesto de afecto y estimación, aun antes de que la vida nos acercase y me hiciera conocer personalmente a mi ilustre comprovinciano. No sabría yo decir los títulos que le procuraron el honor de venir a esta docta Casa de mejor modo que en ocasión solemne los expuso ante vosotros el Académico que en vuestro nombre contestó a su Discurso.

Con sincera humildad me inhibo, pues, ahora de esa difícil tarea, tanto más, cuanto que también Beruete, en el Discurso que no leyó, pero que el *Boletín* de la Academia ha publicado, hizo, de aquél a quien había de suceder aquí, un elogio razonado y completo.

Cumplida esta primera parte de mi Discurso, vengo a la segunda, es decir, al tema que he de desarrollar ante vosotros. Como sucede casi siempre, he vacilado antes de elegirlo. Me consideraba principalmente obligado, de una parte, por la dirección actual de mis estudios históricos, a tomar el asunto en la esfera de la Historia americana, tan llena de solicitudes para todo investigador y más aún para todo patriota. Un punto concreto de los varios que he tenido la ocasión y la obligación de investigar en estos últimos años, y que formarán en su día la materia de una *Historia de las Instituciones coloniales de España*, cuyo primer tomo está ya redactado, os hubiera tal vez ofrecido alguna novedad, si no de sustancia (cosa difícil tratándose de vosotros), de orientación y criterio.

En esa misma dirección, un tema que a mí me interesa mucho por lo que en él juntamente hallan satisfacción mis aficiones históricas y mis campañas hispanistas, me atraía también para este acto. Es el estudio de un notable libro, a penas conocido hoy día, que en 1836 publicó aquel naturalista y economista, muy justamente cele-

brado en su tiempo, que se llamó D. Ramón de la Sagra: libro casi coetáneo del de Tocqueville sobre los Estados Unidos, coincidente en materia con éste y, en no pocos puntos, tan interesante y valioso como la obra francesa, que durante cerca de un siglo ha sido considerada por todos como clásica y sin rival en la expresión y crítica de lo que a fines del primer tercio del siglo XIX era y significaba para el mundo la República federal de Norte América. La Sagra ilustró su libro (escrito en forma de relación de viaje, como el que dedicó a Bélgica y Holanda, no menos interesante que aquél), con doce volúmenes de documentos que no imprimió, y en cuyo examen ha de estribar precisamente lo más jugoso de ese estudio comparativo a que me refiero. En el cual, a la vez que se reintegraría al saber vivo de nuestras glorias científicas la obra de un español olvidado en aquel respecto, se aquilataría la parte que le corresponde, y no ha sido reconocida aún, en la literatura referente a los Estados Unidos de Norte América.

Pero con ser tan atractivo ese tema y los demás que apunté antes, a ellos se sobrepuso en mi ánimo otro, que si no pertenece propiamente a lo que llamamos investigación histórica, responde a un problema candente que a la Historiografía atañe, y se enlaza con estudios que hace años cultivé de una manera especial y están representados en varios libros míos, a partir del que se intitula *La enseñanza de la Historia*. Ese problema afecta juntamente al prestigio de la ciencia a que la Academia se halla consagrada y a su utilización en la vida política y social de los pueblos; es decir, a su acción práctica sobre la mentalidad y la actividad exterior de los hombres y de los grupos humanos.

I

No se trata, como acabo de decir, de una cuestión teórica que, por otra parte, siempre sería útil para la ciencia plantear de nuevo y tratar de resolver, sino de una cuestión viva en las preocupaciones actuales de una buena parte de la Humanidad, y que a nosotros, es decir, a España, se nos plantea de modo agudísimo en el plano de nuestras relaciones con el resto del mundo y, singularmente, con las naciones que pertenecen a nuestro tronco ibérico. Es, por tanto, una cuestión que nos interesa a la vez como historiadores y como patriotas. En ambos conceptos creo firmemente que también ha de interesaros a vosotros.

Y en primer término, con relación concreta a ella, señaló un hecho de gran importancia, y es el valor que hoy se concede a la Historiografía en lo que se llama la obra de reconstrucción del mundo: valor declarado acentuadamente por todos los hombres a quienes preocupa aquella obra y están empeñados en su realización.

No diré ahora si me parece exacta esa frase que líneas arriba escribí: la de «la reconstrucción del mundo», que más modesta, o inmodestamente, según quien la use, se sustituye a veces por la de «reconstrucción de Europa», equivalente a suponer que sólo en esta parte del mundo se dan ciertos problemas económicos y morales. Es posible que la realidad presente no autorice en rigor ni una ni otra frase, y estemos sencillamente en presencia de un nuevo momento, todo lo grave que queráis, pero no distinto ni fuera de la trayectoria normal, de la lucha secular por la civilización y el reinado de la justicia, sin que se hayan destruído fundamentalmente, y si tan sólo perturbado en su funcionamiento y relación, algunos factores esenciales de esa obra.

Pero sea lo que fuere de esto, nadie podrá negar que existen